

tiempo, ó á lo menos evolucionar de una manera normal, si hubiesen presentado una perfecta unidad de sentimientos y de voluntad contra el enemigo exterior, pero estaban forzosamente divididos por la lucha de las clases. Es verdad que los adversarios del exterior estaban también divididos, ¡pero eran tantos! Los municipios eran como islas diseminadas en un mar sin límites. Sobre los municipios burgueses, los reyes y los sacerdotes; debajo, los obreros y los campesinos. Y á causa de resultar éstos perjudicados, aquéllos, los antiguos señores, habían de reconquistar el poder. La historia demuestra cuán metódica y rigurosa era la regla en las ciudades anseáticas; cuán cuidadosa de la ganancia, estrecha é implacable con los que no pertenecían á la liga. El extranjero, para los anseatas, era una presa: no entraba al servicio á bordo de sus barcos; no se le confiaba la carga de ninguna mercancía; á toda costa había de evitarse que el menor beneficio se extraviara sobre un intruso. Y en cuanto á la turba de los campesinos, quedaba siempre separada de la ciudad, más por el desprecio de los ciudadanos que por las murallas y los fosos. ¡Cuántas veces las ciudades se entendieron con los señores, sobre la cabeza del campesino, «para ganar de ese modo preciosas alianzas» y se hicieron los peores enemigos de aquellos que hubieran debido ser sus amigos naturales! Pero una victoria complicada de felonía acaba siempre por cambiarse en derrota: los señores á quienes los comuneros se habían confiado, volvían frecuentemente á la ciudad como peligrosos dictadores, sobre todo los que habían recibido el título de «comburgueses», y que, aunque se les suponía iguales, se consideraban todavía como señores<sup>1</sup>.

Como quiera que sea, la maravillosa iniciativa que dió nacimiento á los municipios atestiguaba una superabundancia de fuerza que se manifiesta en todos los productos de la actividad y cuyos monumentos más soberbios son los edificios que se levantan en el centro de las ciudades. El espíritu laico tuvo, pues, una gran participación en esas obras, cuyo nombre de «iglesias» podría equivocadamente representar como de origen puramente religioso.

<sup>1</sup> Pierre Kropotkine, *L'Etat, son Rôle historique*.

Naturalmente las raíces múltiples de esa admirable planta arquitectónica se desarrollaron en todas las formas anteriores de la civilización, del mismo modo que desde el punto de vista puramente



NUESTRA SEÑORA DE PARÍS, QUIMERAS Y GÁRGOLAS

Cl. J. Kuhn, edit.

material, se pueden explicar por todos los progresos sucesivos en el arte de edificar. Ciertamente que es grande la diferencia de las pesadas bóvedas merovingias, semejantes á cavernas, y las suntuosas catedrales, que se dilataban hacia el cielo como flores gigantes; sin embargo, comparando unas con otras se observan todas las tran-

siciones evolutivas, semejantes á las del árbol de los bosques. La inexperiencia de los arquitectos, mezclada sin duda al sentimiento de pavor religioso que llevaba á los pueblos todavía bárbaros á ocultarse en la tierra para hablar á sus divinidades chthónicas, explica la forma de las primeras iglesias cristianas, completa ó parcialmente enterradas, con cintras plenas, húmedas, negras de musgo, sostenidas por pilares gruesos y pesados. Después, cuando el edificio se desprendió libremente para elevar al aire sus altas naves, se conservó la costumbre hasta el final del siglo XI, y aun hasta el XII (de Caumont), de conservar las criptas bajo las iglesias: en ellas se conservaban las reliquias, y el culto, celebrado en la obscuridad, adquiría un carácter más misterioso, más formidable, como si allí se adorasen aún los genios de la tierra, á la vez dioses y demonios.

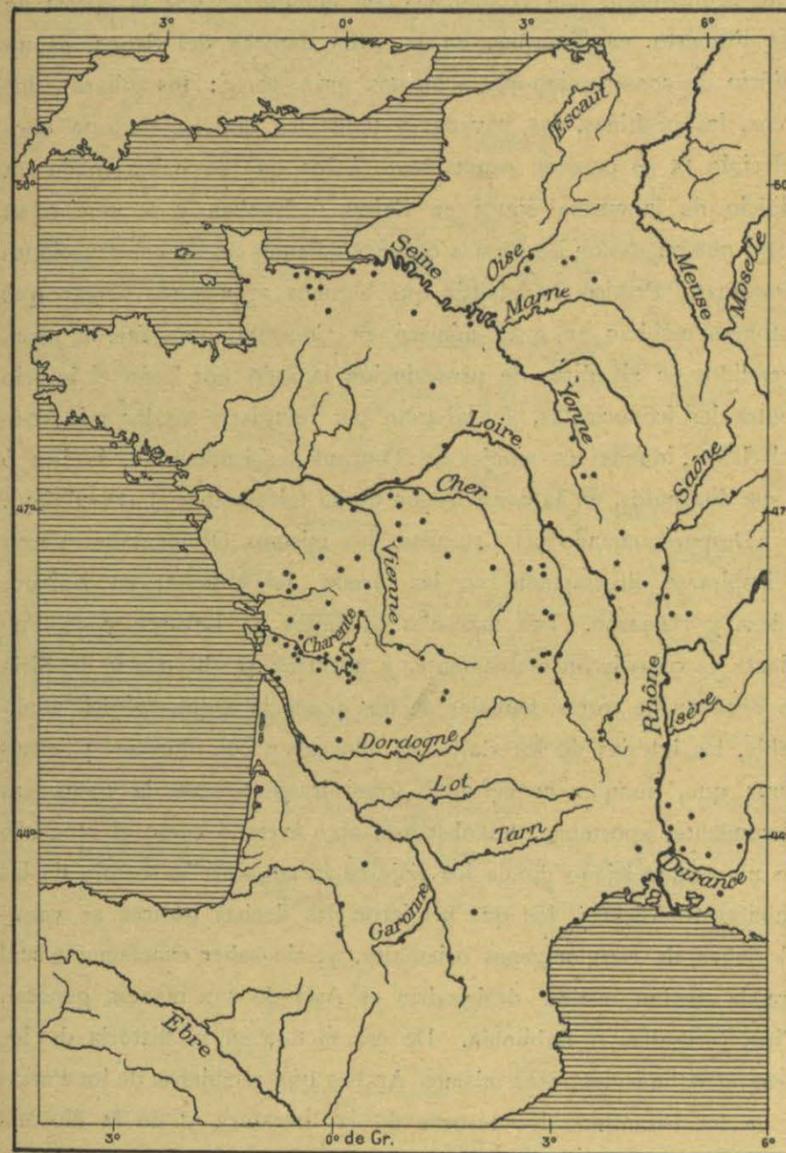
Es evidente que la influencia oriental, simbolizada en Bizancio, que servía de baluarte á toda Europa contra el mundo asiático, ofreció sus modelos á los edificios religiosos que se elevaron en el Occidente en las épocas de progreso y de paz relativa que sucedieron á las invasiones bárbaras.

Esa influencia sería probablemente mucho más poderosa que lo que suele imaginarse, porque las numerosas iglesias bizantinas que existen en toda Europa y especialmente en Auvernia, Perigord, Angoumois y Saintonge atestiguan en pro de la intimidad y de las relaciones frecuentes entre Constantinopla y esas provincias. Se comprende fácilmente que entre los Venecianos, esos comerciantes tan activos como intermediarios de los cambios en el Mediterráneo, haya habido artistas que se inspirasen en el estilo de la suntuosa iglesia dedicada á los Santos Apóstoles por Justiniano, y que de él se hayan aprovechado para elevar su propio monumento de San Marcos; pero causa admiración ver en la misma época (984 á 1047) erigirse en Perigueux la bella iglesia de cúpulas de San Front<sup>1</sup>, que ha sido el modelo de muchos otros edificios religiosos entre Loira y Garona, y, por evolución gradual, el punto de partida de la arquitectura ojival en el resto de Francia<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Ed. Corroyer, *Les Origines de l'Architecture française au Moyen Age*, reunión pública anual de las cinco Academias, 25 Octubre de 1898.

<sup>2</sup> F. de Verneilh, *Architecture byzantine en France*. — Véanse diversos grabados del capítulo de las Cruzadas.

N.º 331. Algunas iglesias bizantinas.



1: 7 500 000

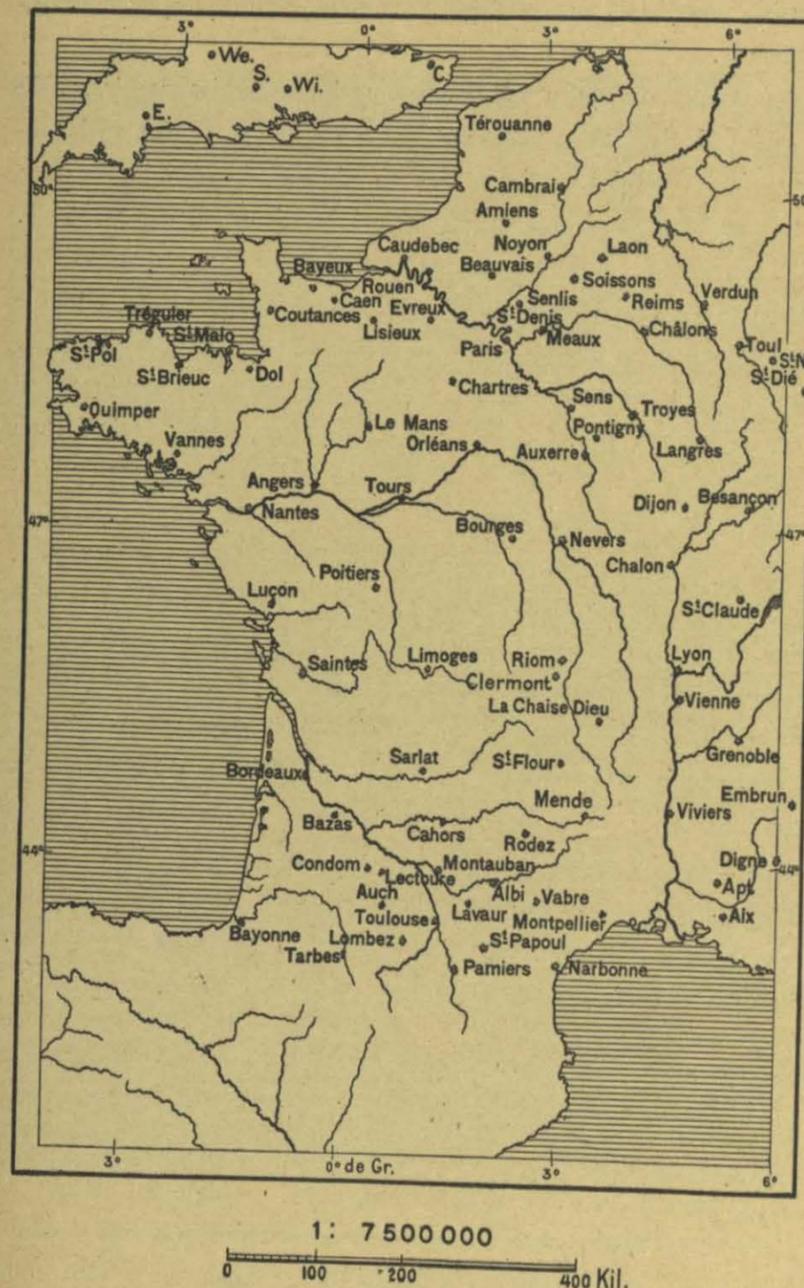
0 100 200 400 Kil.

Quizá más allá de Constantinopla hayan de buscarse algunos de los iniciadores directos de los arquitectos del Occidente: parece que unos artistas persas ejercieron su influencia, no por interme-

diarios y por contacto, sino por enseñanza inmediata. Dieulafoy y otros arqueólogos han reconocido con admiración que la iglesia de San Filiberto, en Tournus, en la orilla derecha del Saona, es un edificio de construcción persa en una gran parte: los pilares, los arcos, las pechinas, las bóvedas y todos los detalles de esta obra del siglo IX se parecen exactamente á los que se hallarían en un edificio de la misma época en Chiraz ó Ispahan y se conforman rasgo por rasgo con las formas correspondientes de las construcciones bizantinas. Preciso es admitir que algunos arquitectos persas que entonces residían en gran número en Constantinopla fueron comprendidos en el edicto de proscripción lanzado por León el Isaurio contra los iconoclastas, y acabarían por refugiarse en las márgenes del Saona, donde los monjes de Tournus les emplearían, á ellos ó á sus discípulos, en la construcción de su iglesia abacial (Dieulafoy).

Después, cuando las Cruzadas, los mismos Occidentales fueron á inspirarse directamente en las formas del Oriente, en Halepo, Edesa y Damasco. Los maestros albañiles de Levante y de Poniente se conocieron mutuamente, y mientras que las costas de Siria se erizaban de torres feudales de una potencia arquitectónica admirable, las iglesias de las Galias se adornaban con florones y esculturas que, aunque concertando armónicamente con la naturaleza circundante, aportaban, no obstante, algo extraño como el recuerdo de un mundo lejano donde los viajeros cabalgan á la sombra de las palmeras. Además, los que erigieron las flechas góticas se vanagloriaban de esos orígenes orientales, y, sin saber exactamente cuál era la región madre, designaban el Asia de una manera general, Tiro, Jerusalem ó Babilonia. De ese modo, en la historia de los progresos humanos, esos mismos Arabes que recibieron de los Persas y de los Bizantinos los tesoros de la literatura y de la filosofía helénica y colaboraron de rechazo en el movimiento del Renacimiento, secundaron también á los Occidentales en su más grandiosa obra, la de la arquitectura ojival en el siglo XII. Por lo demás, ¿no se ha transportado el Oriente todo entero, por decirlo así, de Arabia, de Siria, de Irania, hasta Sicilia y España? ¿No se desviaba el conjunto de todos esos productos, hombres y cosas, hacia el Atlántico, y no había debido cumplirse entre vecinos, aunque enemigos, la penetración

N.º 332. Algunas catedrales góticas.



de los sentimientos, de las ideas y de los procedimientos? « Esa evolución de la arquitectura, dice Dieulafoy, fué el último éxito del Islam ». Pero fué necesario, no obstante, que el Oriente se agotase

por nosotros, y el arte persa especialmente nos reserva todavía muchas enseñanzas en beneficio del encanto y de la elegancia de las viviendas.

Los místicos suelen imaginarse que las soberbias catedrales de la Edad Media, desprendidas de las formas algo pesadas de la arquitectura románica, nacieron por sí mismas por el único impulso de la fe, como si bastase querer subir á los cielos para conseguirlo. El ideal, por elevado que sea, necesita también el concurso de condiciones materiales, y, ese concurso, los municipios del Occidente que erigieron las iglesias y los campanarios, le hallaron en la enseñanza de sus antepasados, no menos que en el desarrollo de su propia industria local. Como quiera que sea, el arte, por su mismo nacimiento, representa un estado social en el cual han surgido preocupaciones nuevas muy diferentes de la sencilla creencia. En su período de ardiente fe, de desprecio absoluto de las cosas terrestres, de odio del mundo visible y de éxtasis en visiones divinas, la religión creería envilecerse descendiendo hasta el arte, incitación de origen diabólico. El fervor hacia Dios no podría hallar alegría en la belleza de las piedras, en la majestad de las naves sonoras, en las soberbias proporciones de las columnatas que convergen á la gloria del altar. Los apóstoles del sacrificio, de las maceraciones y de la privación voluntaria prefieren las negras criptas, hasta las cavernas de las rocas. Los maravillosos edificios del período románico y de los siglos de la ojiva nos refieren, no el poder de la religión, sino al contrario, la lucha victoriosa que el arte, esa fuerza esencialmente humana, ha sostenido contra ella; nos hablan del triunfo de los obreros, quienes se relacionaban poco con los curas y recíprocamente no gozaban de las simpatías de éstos. Los «masones» (albañiles), la corporación que supo adquirir tanto esplendor en la época de la gran florecencia arquitectural, desde el siglo XII al XIV, se encontraban siendo ya, á consecuencia de su oposición con el clero, verdaderos «franc-masones» y daban libre expansión á sus sentimientos por las caricaturas y las sátiras en piedra con que adornaban las columnas, los chapiteles y las molduras de los edificios. Aunque el clero haya tenido después de la Edad Media tiempo y ocasiones de borrar las huellas más flagrantes del odio ó del desprecio que

inspiraba ó en que se le tenía, queda, no obstante, un número suficiente de esos testimonios que establecen la perfecta independencia



AMIENS — ESCULTURAS EN MADERA DE LOS ASIENTOS DEL CORO  
Cl. J. Kuhn, edit.

de los artistas constructores y de los burgueses de la ciudad respecto de los clérigos.

Los constructores de catedrales se muestran igualmente libres de toda ingerencia eclesiástica para los motivos de ornamentación, que

sacan de la Naturaleza y de la historia profana. El escultor medioeval introducía en sus obras las bellas formas que había visto en los bosques y en los campos: así el arqueólogo Saubinet ha podido formar la lista de veintiuna plantas de la flora indígena reconocidas por él en las esculturas de la catedral de Reims<sup>1</sup>. Los canteros gustaban también de representar los animales, pero la dificultad del trabajo les obligaba á hacer caricaturas, no imágenes fieles; daban vuelo á su fantasía para labrar gárgolas fantásticas, para representar animales monstruosos, dragones y serpientes, como símbolos de los demonios especiales de cada vicio particular y del gran Tentador, que debía contrastar con las efigies de los santos apóstoles, profetas, vírgenes, sibilas y personas divinas; si la ignorancia del artista en anatomía le obligaba á representar con ingenua torpeza los seres santificados por la leyenda y la tradición, también le permitía dar á los diablos las formas más quiméricas, las contorsiones más extrañas, pero esos grupos tallados atestiguaban una afición naturalista muy lejana del sentimiento de la fe cristiana.

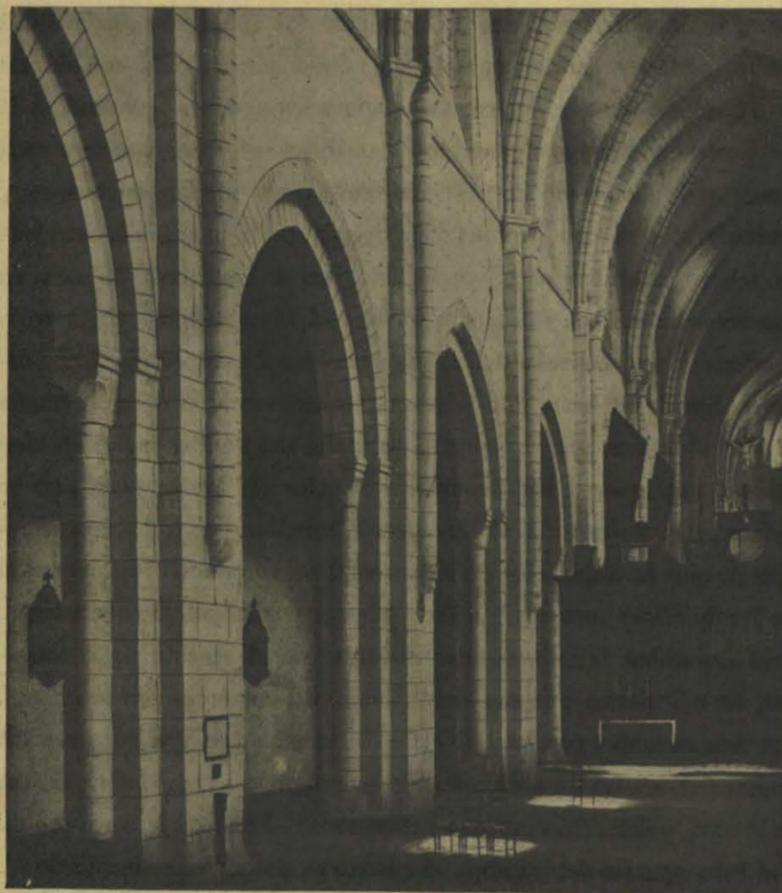
Ha podido sospecharse que las columnatas de las naves, que extienden sus haces de ramas hacia la altura de las bóvedas, imitan las majestuosas arboledas de los bosques, que elevan al cielo sus pesados ramajes de hojas que se inclinan hacia la tierra. Tampoco es imposible que los Arabes hayan tomado de la sandía abierta el modelo de las estalactitas y de las pechinas que se admiran en la Alhambra, porque el hombre, acostumbrado á la vista de ciertas formas, siente el impulso natural de reproducirlas ó á lo menos de tomar de ellas un motivo de adorno. Por eso el primitivo, para su habitación, ha solido imitar la caverna de las fieras, los techos rústicos de los monos y las galerías de los cavadores, así como para sus telas ha tomado por modelo los tejidos fibrosos que rodean las bractees de palmeras y bananos, y para sus armas ha copiado las espinas y los dardos de las plantas, los garfios y los puñales de los animales de presa<sup>2</sup>.

Lo que los cristianos, poseídos del ardiente celo de la fe, pensaban de todas esas magnificencias del metal, del mármol y de la

<sup>1</sup> Emile Motte, *Une heure d'Art*.

<sup>2</sup> Désiré Charnay, *Mission scientifique*, 1881.

pedra, de todas esas bellas esculturas, de los mil objetos preciosos que decoraban la basílica, lo dice en su Apología el verdadero papa del siglo XII, el gran San Bernardo<sup>1</sup>: «¡Oh vanidad de las vanida-



Cl. Kuhn, edit.

PONTIGNY (YONNE), « CUARTA HIJA DE CITEAUX »

Tipo de iglesia construida bajo la inspiración de San Bernardo.

des, menos vana aún que insensata! Con las riquezas de los pobres se sacian los ojos de los ricos... ¿A qué esos monos impuros? esos leones feroces? esos monstruosos centauros? esos hombres-bestias? esos cazadores que tocan la trompa?... Tan numerosa, en fin, y tan chocante aparece en todas partes la diversidad de las formas, que

<sup>1</sup> S. Bernardi Apologia, ad Guillelmum S. Theodorici abbatem, citado por Nap. Peyrat, *Les Réformateurs de la France et de l'Italie, au douzième Siècle*, ps. 25, etc.

el monje siente mucho más la tentación de estudiar los mármoles que los libros, y de meditar esas figuras que la ley de Dios».

Pero los místicos de nuestros días, tomando la defensa de la Iglesia en el siglo de San Bernardo contra San Bernardo mismo, tratan de demostrarnos que los monumentos religiosos de la Edad Media, perfectos en su conjunto, lo mismo que en cada una de sus partes, representan la «verdad» cristiana en toda su amplitud, á la vez que en sus dogmas generales y en todas sus consecuencias: cada forma, cada dimensión del edificio tendría un sentido misterioso y ocultaría una verdad profunda; la iglesia sería una Biblia revelada en relieve arquitectónico, como las Santas Escrituras lo son en caracteres hebraicos, y la menor piedra del santo tabernáculo correspondería á un versículo del Libro: también la impresión sería divina. Sin llegar hasta esas afirmaciones extremas, la opinión común admite al menos que las formas generales del edificio religioso simbolizan ampliamente los dogmas principales de la fe; pero ¿no se reduce á la nada todo el simbolismo cristiano ante la consideración de que la disposición de las catedrales reproduce exactamente la de las basílicas romanas? «Tres puertas conducían al monumento, cuya capacidad interior estaba dividida, en el sentido de la longitud, en tres partes por una doble hilera de columnas con arcadas... Las tres avenidas paralelas ó naves terminaban en una construcción transversal, en un transept, elevado por algunas gradas sobre el área de la nave y defendido por una balaustrada. Frente á la nave central y al lado opuesto del transept, el edificio se redondea en hemiciclo»<sup>1</sup>. ¡Pues precisamente esas mismas son las disposiciones de la catedral! Los Romanos idólatras, sin saberlo, habían simbolizado la cruz y el dogma de la Trinidad. ¿Y no eran también las iglesias redondas, tan numerosas en la Francia antigua, imitaciones de las rotondas romanas? El simbolismo, obra de paciencia inconsciente y de reflexión, no precede á los acontecimientos, sino que los sigue.

La perspectiva histórica nos muestra al revés la sucesión de los hechos, no en su período lógico de formación, sino en sentido inverso, en sus últimas evoluciones; mas la sociedad moderna, infinita-

<sup>1</sup> Batissier, *Histoire de l'Art monumental*, p. 309.

mente más compleja que la de la Edad Media, ha separado netamente el clero del resto de la nación; los intereses se han diferenciado de una manera absoluta, y las iglesias han acabado por ser atribuidas exclusivamente á las ceremonias religiosas. Admitase fácilmente la creencia de que siempre fué así, pero lo desmiente el testimonio de la sucesión de los siglos: los documentos antiguos demuestran que la iglesia era el edificio de todos, el lugar de asamblea popular, tanto para las fiestas y las ceremonias civiles como para los ritos religiosos. Pueden citarse como ejemplo los «perdones» de la católica Bretaña: aparte de esos concursos de población, las diversiones profanas, que eran ciertamente de origen anterior al cristianismo, dominaban con mucho sobre las prácticas del culto en la pasión de los campesinos: las danzas y los cantos, los ejercicios atléticos, la lucha y las carreras con apuestas y primas se celebraban alegremente en las landas que rodeaban la iglesia; todavía á la mitad del siglo XVIII se danzaba en las naves delante del altar mayor. La vieja querrela de San Eflamm se «puso en verso» para ser cantada en la iglesia<sup>1</sup>.

Y en todo el mundo cristiano, como en Bretaña, la vida social, todavía no repartida metódicamente en edificios diversos, convergía toda entera hacia la iglesia. En la época en que el comercio transformaba ya las ciudades en poderosos focos de atracción para las riquezas del Occidente y del Oriente, comenzaban á diferenciarse los monumentos públicos: se aprendía á edificar palacios municipales, donde los mercaderes burgueses trataban especialmente sus negocios y los de la ciudad, y baluartes donde vigilaban los centinelas que acechaban los peligros que se preparaban á lo lejos; pero el edificio hacia donde se dirigía especialmente la multitud de los artesanos, sea para discutir intereses, sea para reposarse del trabajo de la jornada por el paseo en las naves sonoras, por la conversación y la vista de las cosas bellas, ese palacio del pueblo era siempre el santuario de triple columnata: á la iglesia se convocaba á todo el pueblo por la gran voz de la campana, la voz misma de la ciudad sobre la cual los curas no tenían ningún derecho<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Le Villemarqué, *Barzas Breiz*, p. 488; — Ch. Letourneau, *Evolution littéraire*, p. 485.

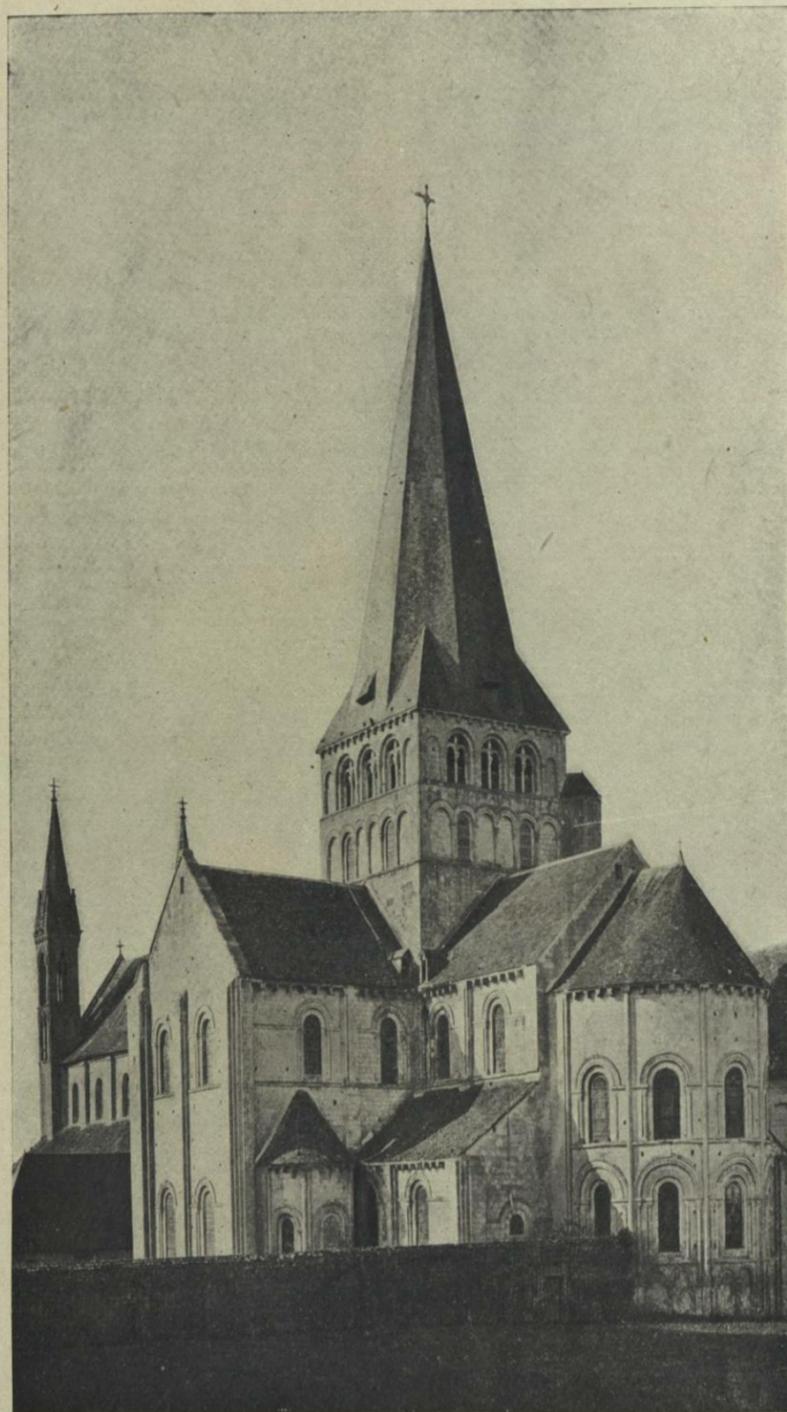
<sup>2</sup> J. Michelet, *Histoire de France*, XVI, p. 95.

El municipio construía el monumento sobre un plano tanto más grandioso y con tanta mayor riqueza cuanto era más poderoso: las ciudades que habían llegado á ser bastante libres para hacer frente á sus barones y á sus obispos, erigían sus catedrales mucho más á su propia gloria que á la de Dios, mientras que las ciudades cuyas tentativas de rebeldía no habían tenido éxito no poseían más que tristes, frías y pobres iglesias. En razón de sus mismas triunfantes insurrecciones comunales surgieron los soberbios edificios como para entrar en lucha con las moradas señoriales vecinas, pertenecientes á los detestados señores. «Las primeras ciudades que se hicieron autónomas fueron también las primeras que edificaron catedrales góticas (Noyon, Soissons, Laon, Reims, Amiens, etc.), y los más bellos de esos monumentos son los de las ciudades más libres (Laon, Reims, Amiens, Beauvais, Sens, etc.)»<sup>1</sup>. Cada ciudad libre recordaba la palabra que fué pronunciada en el consejo comunal de Florencia cuando Arnolfo di Lapo fué encargado de edificar la catedral, en 1298: «Las obras del municipio deben ser concebidas de modo que respondan al gran corazón, compuesto de los corazones de todos los ciudadanos, unidos en un mismo querer». Se comprende el orgullo de los burgueses á la vista de esos maravillosos edificios que eran obras suyas. Cuando el duque de Normandía, Enrique Beauclerc, hubo hecho prisionero á Conan<sup>2</sup>, el comunero rebelde, le condujo á lo alto de una torre de Ruan y le dijo: «¡Contempla los bosques y el río, mira la ciudad populosa, sus murallas y sus bellas iglesias, contempla todas esas cosas antes de morir!»

Admirados por la grandeza de las iglesias construídas en los siglos XII y XIII en la Francia del Norte, Leopold Delisle y Simeón Luce manifiestan la opinión que esta comarca tuvo en la Edad Media una población igual, sino superior, á la de las mismas provincias en los tiempos actuales; pero las vastas dimensiones de las iglesias no son indicios demostrativos de una gran densidad de población, porque antes de descomponerse en numerosos edificios especiales, el monumento del municipio había de ser mucho más

<sup>1</sup> Raoul Rozières, obra citada, p. 258.

<sup>2</sup> Hanoteaux, *Société Normande de Géographie*, 1900, t. I, p. 24.



Cl. Kuhn, edit.

SAN MARTÍN DE BOSCHERVILLE (SENA INFERIOR)